

Introducción

Querido lector:

Aqueste andariego que se dispone a acompañaros un par de leguas realizó su primer Camino de Santiago el año del Señor de 2012. Se inició en Saint-Jean-Pied-de-Port y culminó en Finisterre cosa de treinta días más tarde. Se prohibió cualquier vehículo que no fuera un par de botas: no conoció taxi, bicicleta, carromato, autobús, hombros, ascensor, báculo, auricular o lectura que no maridase con el suelo que pisaba. No se puede viajar viajando. Se propuso no salir de la pauta marcada y, aunque sabía que el recorrido original se encontraba mayormente bajo asfalto, edificaciones, viñedos y campos de trigo, no tomó atajos, carreteras alternativas, sombras tentadoras, desvíos compensatorios. Y, sobre todo, se propuso no escribir nada sobre su experiencia. Pasara lo que pasase. No quería convertirse en uno de tantos jacobípetas que caminan libreta en mano pensando qué experiencias pueden ser más atractivas para un hipotético auditorio, intentando atraerlas por el lucro futuro, eligiendo a cada instante qué exagerar, qué obviar...

Tampoco quería sustituir en el recuerdo lo vivido por lo narrado, por naturaleza selectivo, simplificado, sesgado. No me imaginaba ganando un real a costa del Camino, donde todo o casi todo se me ofreció sin ánimo de lucro. A la vuelta descubrí que mis andanzas santiaguinas merecerían un hueco en aquellas autobiografías de peregrinos contemporáneos que comencé a hojear con avidez. Las llamo, con recelo, *autoviografías*. No habría necesidad por mi parte de añadir ni una coma ni un floripondio para obtener un relato con semejante enjundia y menos lobos. O menos zorros, como aquel que vieron dos peregrinos exagerados de una historieta francesa, presos de la inquietud tras haber oído que el Ebro ahogaba a quien mentía con descaro o decía patrañas (lo que no les impide comparar el tamaño de aquel zorro con el de un becerro o una oveja para entretenerse mientras van llegando).¹ En mi caso, no me preocupa que el Ebro haya aprendido o no a leer libros. Nunca me planteé empapelar lo infenable.

Pisé el Pirineo francés tras un programa sistemático de desinformación. Los días, semanas, meses previos a la partida no había querido aprender nada, ver fotos ni

escuchar anécdotas sobre aquello que me iba a encontrar. No conocía los climas, temperaturas, paisajes, etapas, gentes o pueblos que me esperaban. Deseaba que el Camino me sorprendiera. Lo hizo. Fue a la vuelta cuando estudié en profundidad aquello que solo había podido entrever durante mi fugaz estancia: las densas capas de leyendas sobre leyendas, los símbolos omnipresentes y omnipretéritos, la historia de sus pueblos, los mil y un santuarios, dólmenes, petroglifos, hadas, atlantes, sepulcros, brujas, dioses antiguos, bosques encantados que bordean la vía compostelana como un séquito fantasmal.

Y fue entonces cuando asocié la geografía a la vivencia, el dato histórico al instante intuitivo. Fue entonces cuando conseguí crear una imagen coherente del Apóstol, con sus propias motivaciones, anécdotas, imaginario, amigos y enemigos, devotos de carne y hueso y fantasmas milenarios.

No nos engañemos: Santiago es un tipo que tanto vale para un roto como para un descosido. Es un personaje vago, difuso, oscuro... Tan oscuro que en Puente la Reina, donde le conocen bien, le dicen *el Negro*.² Si en una característica fundamental podemos ponernos de acuerdo, será en su polifacética poligrafía; en su capacidad para que cada cual (individuos, pueblos, culturas, religiones...) vea en este proteico poliedro lo que le apetezca. Documentación hay de sobra en los polvorientos cajones de la historia para montarse cualquier cuento chino.

Descubrí, pues, que tanto se divulgan por ahí pistas fidedignas como mistificaciones inservibles o útiles solo para unos pocos iniciados. Tantas son las teorías sobre el Camino que me puedo permitir el lujo de pasar por alto las que considero más fantásticas. Ya Albrecht von Scharfenberg, a fines del siglo XIII, situaba el Santo Grial en el nordeste español, como hará Wagner en su *Parsifal* (1882), y es cierto que hubo un objeto que se hacía pasar por el famoso cáliz en San Juan de la Peña, que la copa dorada es símbolo de fertilidad en una parte del orbe y que hasta en la bandera gallega lo encontramos si nos lo proponemos (a costa quizá de olvidar que alude a un milagro clásico caminero, el de Cebreiro). Nada de esto me ha convencido como para entrapar al lector en pantanosas consideraciones sobre la presencia de la copa de marras en la zona jacobea, o como para interpretar sus mitos en clave griática: hay demasiados lugares que le hacen competencia.

También he oído, como cualquier aficionado a revistas y *bouquins* esotéricos, de las peripecias de los Templarios, y es indudable que se prodigaron a lo largo y ancho de la senda, donde dejaron una huella espiritual indeleble: villas, templos, conventos, albergues sui géneris y un magnífico castillo en Ponferrada dan aún fe de ello. No obstante, en lo que respecta al Camino en sentido estricto, se me antojan sobrevalorados y ninguno de los historiadores que han abordado con profundidad el tema les ha asignado en él un rol protagonista, hasta donde a mí se me alcanza.

Otra cosa que me parece de escaso interés es aquello —que hiciera notar el por lo demás sagaz Louis Charpentier— de la « semejanza de los signos petroglíficos de Galicia con los signos lapidarios de los constructores del Camino de Galicia ». ³ Por supuesto que existe, válgame Dios: como en buena parte de Europa. ¿Acaso debemos echarnos las manos a la cabeza porque una espiral aparezca en una roca prehistórica y a la vez como seña identificativa de un cantero a no sé cuántos kilómetros de distancia? Pues de esa índole son las *similitudes*. No, no. No queremos engañar a nadie. De ahí a ponerse a interpretar marcas de cantero tratando de descifrar una supuesta sabiduría iniciática que ni los mayores especialistas han conseguido desvelar media un gran paso. Parafraseando a mi señorita de parvulines, «*tonteorías* las precisas ».

Hay teorías sobre el Camino que se atienen a la naturaleza histórica, geográfica y simbólica del mismo y otras que obvian por completo partes esenciales que, por ignorancia, presura o mala fe, cortan el árbol para mostrar orgullosos la rama; que aíslan las conclusiones para aparentar que son coherentes en su solipsismo. Comencé, a lo largo del tiempo, a tomar notas de mis descubrimientos más convincentes para no olvidarlos; para poder acceder a ellos con más facilidad, separar lo inverosímil de lo milagroso y contemplar a vista de pájaro su inconclusa arquitectura. Fue una labor fascinante.

¡Oh, admirable fortuna! Caí en poder de los ladrones y despojado de todo solo me quedó el manuscrito. Fui encerrado en prisiones y perdida toda mi hacienda, solo me quedó el manuscrito. En mares de profundas aguas naufragué muchas veces y estuve a punto de morir, y al salir yo salió el manuscrito sin estropearse. Se quema una casa en la cual yo estaba y consumido mi ajuar escapó conmigo sin quemarse el manuscrito.

Esto dice el anónimo autor del *Códice Calixtino* (libro I, prólogo), rubricado por un falso papa Calixto II en aras del prestigio literario: una saludable costumbre de los tiempos antiguos. Este entrañable camelo será uno de nuestros más fieles compañeros de camino de ahora en adelante. Aunque el relato de tanta catástrofe no respondiera sino a una burda maniobra de legitimación de la obra, me parece una metáfora perfecta de cómo es absorbido por las cuestiones jacobeanas quien osa estudiarlas. Me he estrellado contra textos de numerosos idiomas, fingido unas cuantas religiosidades, entrevistado a campesinos, descubierto (quizá) petroglifos, acampado en hórreos, rebuscado un almuerzo por las calles de Compostela, dormido día tras día en autobuses para investigar lugares tan insospechados para el peregrino como Salamanca, Las Hurdes, Lugo, Ávila, Bilbao, Madrid, Jerez, Sevilla o Santander.

Las anotaciones que fui recopilando han acabado convirtiéndose en lo que tienes, estimado lector, estimada lectora, en tus manos. Durante mucho tiempo mantuve mis descubrimientos bajo llave, por temor no solo al escarnio y al ridículo de

historiadores o latinistas, sino a lo que pudieran implicar para las ideas recibidas de algunos de mis beligerantes compatriotas, cuyos cráneos con frecuencia prefieren la embestidura a cualquier otra operación. Después de estudiar el Camino como un obseso durante un par de años, empaqué una mochila todavía más pequeña, con una manta para aislarme del suelo y otra para echarme por encima, y me marché a las tierras del sur de Asia para continuar vagabundeando por allí, esta vez sin ahorros, dirección fija ni perspectiva de retorno. Pero el Camino me persiguió durante todos estos años, infiltrándose en mis sueños y recuerdos. Fue una segunda sombra bajo el tórrido sol de Madrás, una forma fugitiva entre el tráfico de Hanói, un durián de olor penetrante en un mercadillo de Singapur... Sabía que no podía ignorarlo eternamente. Volvió la burra al trigo y me decidí a compartir mis estudios con los que aún tengan oídos para los antiguos mitos, aunque estimo que siguen sin terminar, como toda buena historia. No abarca ni un mínimo porcentaje de lo que sucedió y sucede todos los días en la realidad caminera, pero me parece honesto: ninguna asociación es fútil, ninguna trampa está de más, ningún dato u ornamento es falso, dentro de lo que sé y dentro de lo que cabe, a diferencia, quizás, de algunas *guías* del Camino que admiten cada dos por tres su propia tendencia a la especulación, sin fuentes, mitos o testimonios que la respalden.

Paso a paso irás notando, peregrino, que, sea cual sea la cuestión, el Camino arde en deseos de dar su opinión. Solo hay que saber interpretar *su* voluntad. En este caso nos recuerda que cuando los monjes del claustro de Samos se iban por las nubes y se entretenían mirando el techo, encontraban una inscripción ahí, en lo alto, que decía: «¿Qué miras, bobo?».⁴

Eso digo yo: «¿Qué miras, bobo?». Aquí la especulación, que la habrá, y a raudales, aspira a la sinceridad. Nuestra intención es solo recoger, sintetizar y explicar algunas leyendas y conferirles cierto orden y concierto, no garrapatear una filosofía abstrusa sobre la condición peregrina ni relacionar con afán enciclopédico los diversos hechos *peregrinatorios* que tienen lugar a lo largo y ancho del globo. Tampoco, por supuesto, afirmar que algo de lo que exponemos *sucedió*. Hablaremos solo de leyendas, ora católicas, ora nacionalistas, ora paganas, académicas o acuarianas. Símbolos sobre símbolos sobre símbolos, pues de habladurías, mitologías e imaginarios no se debe esperar otra cosa. *E si non è vero, è ben trovato*.

El Camino nos regala de cuando en cuando representaciones de personajes que cargan con libros cerrados, como los de Sangüesa, Leyre, Carrión de los Condes o el Pórtico de la Gloria. Los libros cerrados se han asociado con el conocimiento oculto, con los secretos de la iniciación. Sería incapaz de rendir cuenta de todo lo que se puede extraer de tantos kilómetros de misterio. Lo que he tratado es esbozar no es una *guía* de lugares mágicos, ni un compendio de las leyendas de cada lugar: labor ciclópea, quijotesca, tratándose de una región tan abundante en ellas (empresa

que, sin embargo, ha sido mal que bien intentada por otros.^a Razón de más para no abordarla). Lo que me propongo es solo ir a lo básico, a la forma esencial del apóstol multiforme, y con ello del Camino en su conjunto. Sus símbolos comunes; las resonancias paganas, medievales, católicas, heréticas, *new age*; las relaciones de su culto sincrético con otros cultos (sincréticos) anteriores y posteriores que confluyen en la umbría de sus bosques; su confusión con otras divinidades y el uso que se le daba a esa vía que cruza todo el norte peninsular antes de que a alguien le diera por encontrar unos huesos y ponerse a adorarlos.

Hay peregrinos, como es mi caso, que prefieren partir con la mente en blanco. Otros necesitan conocer de antemano qué hay de cenar, en qué pueblo paramos hoy, quién dormirá debajo en la litera. En ningún momento debemos preocuparnos. No se va a chafar ninguna sorpresa. Por más que pretendamos la objetividad, el Camino permanece inagotable e inaccesible. Lo más que lograremos será construir cada cual nuestra propia cosmología de bolsillo, con más o menos artificio, mayor o menor bagaje cultural e histórico y mientras no nos pillen. Inventar y reinventar, descubrir y redescubrir, al Apóstol. Que no es poca cosa. Otros no se prestan a tanto.

Sé bienvenido, peregrino, al mundo que late bajo las losas, la arena y el guijarro. En lugar de caminar hacia delante, hagámoslo hacia *dentro*.

Y ahora sí:

¡*Ultreia!*

^a Acúdase a la compilación de Juan García Atienza en *Leyendas del Camino de Santiago* o, para los más tradicionales, la de Mariño Ferro en *Leyendas y milagros del Camino de Santiago*. Son los primeros libros que recomendaría llevar al Camino si se quiere cargar con algo más que una guía práctica. En caso de completismo patológico y fuertes hombros, también vale el tomo II de *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, de Vázquez de Parga, Lacarra y Uría Ríu.